

El pesimismo como fundamento de la práctica educativa.

Gabriel Adelio Saia.

Cita:

Gabriel Adelio Saia (2023). *El pesimismo como fundamento de la práctica educativa. Simposio Internacional Virtual de Filosofía y Educación: "Asombro, duda, crisis y esperanza en la Filosofía y Educación". UNAD, Bogotá.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/gabriel.a.saia/24>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ppmg/BDa>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Conferencia UNAD

IV Simposio Internacional Virtual de Filosofía y Educación: “Asombro, duda, crisis y esperanza en la Filosofía y Educación”, 06/10/23

El pesimismo como fundamento de la práctica educativa

Gabriel A. Saia (gabriel.saia92@gmail.com)

El día de hoy quiero hablar sobre uno de los tópicos que encuentro más cercano tanto teórica como prácticamente en las aulas, así como en simposios, jornadas, ateneos y congresos. Me gustaría interrogarme sobre dos ideas: a) ¿qué esperamos de la educación en un sentido general?; b) ¿cuáles son los desafíos que nos propone la práctica educativa en nuestro tiempo? Para esto, propongo realizar un recorrido que dé cuenta del valor del pesimismo como fundamento para nuestras prácticas educativas y, más allá de revisar algunas ideas y postulados del pesimismo en tanto corriente de la historia de la filosofía, mi interés es dar a conocer algunas perspectivas sobre el pesimismo, pasando por breves impresiones de Karl Jaspers y, principalmente, de Schopenhauer y sus “discípulos”.

En esta ocasión, pienso dejar de lado, por cuestión de espacio, temas absolutamente novedosos –que no lo son tanto para ojos apartados del ludismo y el optimismo–, como por ejemplo el rol de la inteligencia artificial, la pérdida –o ganancia– de atención conducida por aplicaciones digitales, o, para ir más lejos, la relevancia actual de los grados educativos en el mundo del trabajo. Estos tres ejemplos que menciono de problemáticas actuales me resultan interesantes, pero quiero desmarcar el pesimismo del sentido común. Si hay algo de “pesimista” en el texto que estoy escribiendo, espero sea percibido como lo que realmente se salva en la cuestión: la búsqueda de una introducción al quehacer filosófico y la posibilidad de su enseñanza. Si existe una empresa que necesita la frustración para poder comenzar propiamente, esa es la filosofía. En suma, sólo podemos plantear al pesimismo desde la

filosofía; en el caso contrario, plantear una filosofía desde el pesimismo, es nuestro común estado de gracia. Ahora sí, comienzo.

En la celeberrima exposición de Karl Jaspers, en la primera sesión de su curso compilado como *Filosofía desde el punto de vista de la existencia*, el pensador nos propone pensar desde (y hacia) un triple origen de la filosofía. Este *origen* no significa la “creación”, el “punto original y jerárquico (*arkhḗ*)”, sino más bien cuándo (cómo y porqué) aparece la filosofía como una fuerza inevitable. Se trata, pues, de una apuesta bastante meditada y bien articulada entre las pretensiones propias del quehacer filosófico y su rol social eminentemente educativo. En este triple origen concursan el *asombro*, la *duda* y la *situación límite*, tres fuerzas pujantes a la hora de interrogarnos por la naturaleza de la filosofía y por sus posibilidades educativas. No hay demasiado que decir respecto a lo señalado por Jaspers en un primer momento: si bien el asombro solemos vincularlo al mundo heleno, la duda nos resulta claramente cartesiana –es decir, moderna– y la situación límite nos habla del tiempo presente –a la sazón, el de Jaspers, que dicta estas conferencias en 1953–, se trata de tres *orígenes* que pueden manifestarse (y, efectivamente, lo hacen) en cualquier momento de nuestra historia personal, biográfica y universal.

Con esto, destacar que las tres cuestiones señaladas por Jaspers responden (en inicio al menos) a una *carencia*. No hay en el asombro otra cosa que desconocimiento; en la duda, certeza; en la situación límite, las posibilidades propias. Es decir, en los tres casos se enfoca la filosofía desde un punto de vista que puede ser concebido como sumamente *pesimista*. Ahora bien, podemos pensar qué significa esto de “sumamente pesimista”, o, por principio de economía, me voy a quedar con el “pesimista” a secas. Hasta el momento, este término ha sido evocado en muchos y variados sentidos. Cabe añadir, en muchos sentidos comúnmente y por completo peyorativos. No es de extrañar que al pesimismo se le adose usualmente un halo de negatividad; frente a todo aquello que es esencialmente bueno, el pesimismo permite

detenerse momentáneamente y pensar, suspender el juicio atendiendo a la prosecución del mundo tal cual es. En este sentido, pesimista se dice de quien desconfía de que las cosas podrán cambiarse en algún momento y de algún modo.

El pesimismo no es sólo aquella corriente del pensamiento de la que podemos hallar su principio en el s. XIX en Alemania. Si bien éste es uno de sus múltiples sentidos, lo más fecundo que podemos extraer de esto radica en el descubrimiento schopenhaueriano de la esencia trágica del mundo: lo que nos une, indefectiblemente, es el espíritu doliente y cohesivo de la voluntad. A su vez, el *leitmotiv* de Arthur Schopenhauer puede ser comprendido desde una metafísica, una gnoseología, una estética y una ética que parten y desembocan en un tipo de pesimismo: la aguda conciencia del mal y del sufrimiento del mundo, en contraposición a la bondad y al placer, se erigen como los efectos más próximos en nuestra experiencia vital. No hay manera de atribuir esta cuestión a una época histórica singular, y quizá sea por eso que el mismo Schopenhauer intenta encontrar antecedentes de esta postura frente al mundo en las antiguas culturas. No se trata de un momento histórico, de un *Weltschmerz* (sufrimiento del mundo doliente), propio del s. XIX, sino de una actitud frente al mundo. El cariz gnoseológico de la postura de Schopenhauer se descubre al contemplar la dupla de voluntad y representación que articulan tanto la metafísica como la ética de su sistema. Si la crítica kantiana había llegado a su punto cúlmine con la obtención del par fenómeno-cosa en sí, el intento schopenhaueriano retoma esta diada a fin de contener en sí misma la imposibilidad de la comprensión del valor de la vida sin la comprensión de la totalidad de las cosas. Es en este esfuerzo que Schopenhauer resulta esclarecedor: no hay posibilidad de vida sin la pugna constante de fuerzas que, en esta lucha, articulan su propio valor.

La filosofía del Buda de Frankfurt es al día de hoy sumamente enriquecedora, no sólo por mérito propio sino además por las continuidades que supo despertar. Si bien la recepción

de Schopenhauer fue un tanto tardía, puesto que logró fama y lecturas a partir de la publicación de *Parerga y Paralipómena* en 1851, no existieron medias tintas en la repercusión que creó con su obra en general. Se puede decir, sin mucho temor a equivocarse, que esta influencia germinó en pensadores que distan de una comprensión metafísica del mundo fenoménico. Su influjo llegó incluso a filósofos que lo consideraron, retomando el título de Nietzsche, un “educador”. Por ello, resulta fácil atribuirle a la filosofía schopenhaueriana una faceta propositiva o activa: desde su concepción decimonónica, el pesimismo no es un subterfugio que congrega posturas desesperanzadoras. Esto se debe principalmente a la supuesta ausencia de finalidad de esta filosofía, a la carencia de sentido; sin embargo, como vemos en sus continuadores, esta ausencia no es tal.

No sólo Nietzsche reconoció esta fuerza del pesimismo, este espíritu crítico en búsqueda de ayudas tanto teóricas como anímicas, sino otros dos casos que, anecdóticamente, me interesa traer a cuento en esta reflexión. Se trata de dos personajes que, con sus anécdotas, nos brindan un panorama claro de qué significa tener un temple pesimista, a saber: Hans Vaihinger y Fernando Savater, dos pensadores que complementan sus relatos, sus acercamientos tanto a la reflexión como a la actitud pesimista. El primero de ellos, autor de *La filosofía del como si*, nos dice:

El pesimismo de Schopenhauer se volvió para mí un estado fundamental y duradero de la conciencia, y más aún amén de mi propia tristeza y mis arduas experiencias. Incluso en el comienzo de mis estudios, una cita de Schiller me afectó fuertemente: “¡Quién pudiera disfrutar de la vida si viese en sus profundidades!”. No encontré en esta perspectiva lo que ofrece: un despertar de la energía biológica y moral. Por el contrario, soy de esos a los que el pesimismo los habilita a soportar la vida, y de esos a los que el pesimismo le dio la fuerza ética para trabajar y para luchar tanto por sí

mismo como por los demás. Por otra parte, creo que el pesimismo me dio un punto de vista más objetivo sobre la realidad.

Esto que decide revelar Vaihinger de una manera biográfica, resalta aquellas nociones que más tarde serán retomadas por Jaspers cuando nos propone, a partir de su triple origen de la filosofía, una clara necesidad, una fuerza que empuja al humano a “llegar a ser él mismo, al hacerse partícipe de la realidad”. Y es esta realidad la que se encuentra a la base del relato personal de Vaihinger: es el pesimismo la principal manera que encuentra el pensador como para fomentar su actividad, para encontrar su propia persona y su circunstancia. Como bien menciona Jaspers en su conferencia, la práctica filosófica no se realiza de uno en uno, sino en un diálogo: “La filosofía no puede luchar, no puede probarse, pero sí puede comunicarse. No presenta resistencia donde se la rechaza, ni se jacta allí donde se la escucha. Vive en la atmósfera de la unanimidad, que en el fondo de la humanidad puede unir a todos con todos”. Como intento comunicativo, la filosofía despierta el ímpetu pedagógico de la enseñanza y del aprendizaje sin roles netamente definidos: todos podemos unirnos bajo su simple precepto, puesto que ella es necesaria. Es así que el ánimo pesimista que retoma Vaihinger se encuentra atravesado por una pretensión de objetividad, que en realidad es una forma de traducir la universalidad de la filosofía y su relación con lo circundante y situacional de la realidad.

En este aspecto, todo intento por recrear el valor de la filosofía funciona, según Vaihinger, a razón de dicha idea: hay una carencia que precisa de su objeto, una realidad que reclama un trabajo ético y compartido consigo mismo y con los demás. De algún modo, en Vaihinger resuena el motus pedagógico que versa sobre la interacción entre seres sociales y, aquí podríamos agregar, seres complementarios entre sí. No hay modo de comprender la filosofía que exceda o se limite a la individualidad de los sujetos, así como no hay práctica educativa que pueda prescindir de los roles de educador y educando, donde la univocidad de la relación resulta confusa por momentos en el intercambio de dichos roles.

La actividad que proclama Vaihinger en su recuerdo de Schopenhauer comparte tintes con un escrito sumamente curioso y esclarecedor del español Fernando Savater, quien en el prólogo a la traducción española de *El pesimismo* de Georg Simmel también acude al relato biográfico para definir el tono del libro en su manifiesto “POR QUÉ SOY PESIMISTA”: “Durante muchos años he tenido fama de optimista entre mis conocidos. A mí no ha dejado de sorprenderme este equívoco, porque en mi opinión soy pesimista desde que salí de la niñez. Quizá el pesimismo no sea más que el optimismo visto por dentro. Por lo común, se considera optimista al que hace y pesimista al que no hace. Pero se ignora así que con frecuencia es el optimismo el que quita las ganas de hacer.”

Volviendo sobre lo anterior, el pesimismo activo que reivindica Savater tiene un trasfondo por completo conciliador con la necesidad del cambio: el optimista frente al fuego contemplará la providencia y sus designios; el pesimista, superando la pesadez propia de toda vida, intentará evadir la penuria que genera el incendio. Hay en este modo activo una réplica a la metafísica schopenhaueriana, es cierto, pero también hay una identificación con aquello que el propio Schopenhauer engendró: una escuela, una continuidad, un afecto. Si bien la intención de Savater dista mucho de la comentada más arriba por Vaihinger y Jaspers, sí se puede observar un entusiasmo propio del pesimista. El pesimismo supone tanto una pedagogía, es decir, un cambio de naturaleza, como una periagogía, a saber, un viraje anímico. No se trata en ambos casos de resaltar los puntos que pertenecen a lo que comúnmente llamamos “educación” o “formación” en un sentido instructivo, sino más bien a una práctica que contempla y acompaña los posibles cambios suscitados tanto por entes naturales como sociales. Es en esta encrucijada entre naturaleza y sociedad donde encontramos los puntos primeramente referidos en la conferencia de Jaspers: el asombro, la duda, la situación límite, son manifestaciones de carácter pedagógico, puesto que sólo a través de un intento –como mencionamos anteriormente, un intento frustrado– podemos

revisar nuestra propia realidad, nuestra persona, nuestra situación y nuestros supuestos que operan para con los demás. Siendo que nos toca compartir un espacio áulico, pero también cultural y social, es común que nos interroguemos por aquello que esperamos de la educación –su producto sensible, así como también el espíritu detrás de ésta– y que volvamos sobre nuestra responsabilidad como docentes en un tiempo cada vez menos predecible e inusitado.

Tal vez hoy día no se trate tanto de volver sobre la filosofía del absurdo, esbozada por Camus en su *Mito de Sísifo*, puesto que ya no es un problema para nosotros, o al menos no es un problema de primer grado. El hecho de que debajo de esta realidad sólo podamos observar un sinsentido providencial parece una minucia al lado de la problemática real emergente, de los cataclismos inminentes –la covid, uno de ellos–, del colapso. Hoy día vale más la pena centrarnos en la gestión de la infelicidad, en la mitigación del displacer, que en la búsqueda de aquellos principios vitales que refuerzan ideologías completamente contrarias al sentido primigenio tanto de la filosofía como de la educación: *qué se debe esperar* o, en todo caso, *cómo debo esperar aquello que se debe esperar*. Quizá el asombro, la duda, la situación límite nos reúnan nuevamente, por más que creamos, como optimistas, que son causas perdidas que no nos competen.

A causa y por gracia de la imprevisibilidad, nos encontramos en un camino de diálogo, de construcción con el otro, y, en suma, un trecho que debemos redefinir bajo el mote del pesimismo, es decir, de la actividad. *Nec metu nec spe*, “hacer, sin temor ni esperanza”, es quizá el lema que nos convoca y que debemos respetar en nuestra labor como filósofos y educadores.